

# Recuperación de los puentes de piedra



La luz del puente de Mérida (Bodajoz).

POR: RAMÓN DEL CUVILLO JIMÉNEZ, DR. INGENIERO DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS. EX PRESIDENTE DEL COMITÉ DE PUENTES DE LA ASOCIACIÓN TÉCNICA DE CARRETERAS.

**L**a piedra sobre el arroyo es un puente sin forma, desgastada por el roce del agua pequeña, pero inquieta. La piedra está inmóvil, pero deja que el hombre la pise en la primavera del deshielo. Hasta que un día el espacio es más grande que el arroyo y la piedra se queda, como un sueño, sumergida y olvidada.

Así debió de nacer el arco, sin definida geometría, pero capaz del salto entre dos orillas sorprendidas. La verdadera historia es una leyenda de hace siglos que el tiempo tratará de desvelar inútilmente.

El puente, arco de piedra, debió de nacer después con otras formas y materiales, dejando pasar bajo su aire una línea de agua y sobre su altura la pisada del hombre.

Sea como fuere, ahí están

arranque. Ahí están los que sufrieron y aguantaron el empuje de la riada o los que perdieron la tierra bajo sus socavados apoyos. Ahí están, con trozos reconstruidos como en su origen, iguales en su forma

---

**Sea como fuere, ahí están todavía, para el asombro y el deleite, los grandes y hermosos puentes de piedra y los más pequeños también, incluso los que aún nos enseñan arcos desnudos e inútiles**

---

todavía, para el asombro y el deleite, los grandes y hermosos puentes de piedra y los más pequeños también, incluso los que aún nos enseñan arcos desnudos e inútiles. Ahí están, con la última piedra en la clave y, a veces, con un perdido tajamar junto a su

y en su destino, repetidos hasta hoy, sin retoques ni apariencias extrañas. Ahí están, los que, de alguna forma, conservaron su existencia envueltos e incrustados en el paisaje, transformándolo con su presencia en una nueva visión. Todo ello hasta conse-

guir ser paisaje y arco iris perdurables.

Pero no siempre ha ocurrido lo mismo. El tiempo es implacable. El hombre, caminante, no tuvo más remedio que derribar el muro levantado por el odio, tender un puente de noble piedra, tal como dijera un músico genial, y seguir el camino. Una vez vuelto a la tierra, el paseo entre pretilles, allí donde se cruzaban hombres y mujeres, se hizo estrecho; tenían que pasar y cruzarse también las invenciones humanas. Ocurrieron más cosas, porque, además, el arco se convirtió, al nacer, en bóveda, aunque la bóveda lindaba con el aire en los dos arcos más nobles y fuertes que supieran construirse. La estrechez no sólo fue algo en la vida de la piedra, del arco, de la bóveda, de la piel del camino, de la proa del tamar, del balcón del pretil, del puente en una palabra.

Ocurrieron muchas más cosas que es preciso narrar para poder llegar a nuestro objetivo con alguna esperanza. La primera de estas cosas no se sabe sería muy bien cuál, ni a cuántas bóvedas afectaría, pero igual se produce con lentitud que en poco tiempo; sucede que la pila o el estribo se hunden y descienden lo que el terreno cede. El horizonte de la piedra se curva y se rompe la unidad que formaba la estructura, agrietándola y, a veces, produciendo el desorden total, o sea, el derrumbe de la mano tendida con que soñaba el puente.

También puede ocurrir que una carga demasiado fuerte rompa un lateral o abra una bóveda. Grietas y desórdenes nacen en la continuidad de la piedra y gritan pidiendo cuidados y arreglos. Cuanto más tiempo pasa, la piedra se vuelve más débil en el arco y en la bóveda, su visión más fina y

## **El ingeniero contempla el arco y la bóveda y resuelve respetarlos, comprueba que resisten, que los pequeños deterioros son fácilmente reparados o no existen, que el cimiento también resiste los posibles aumentos de carga**

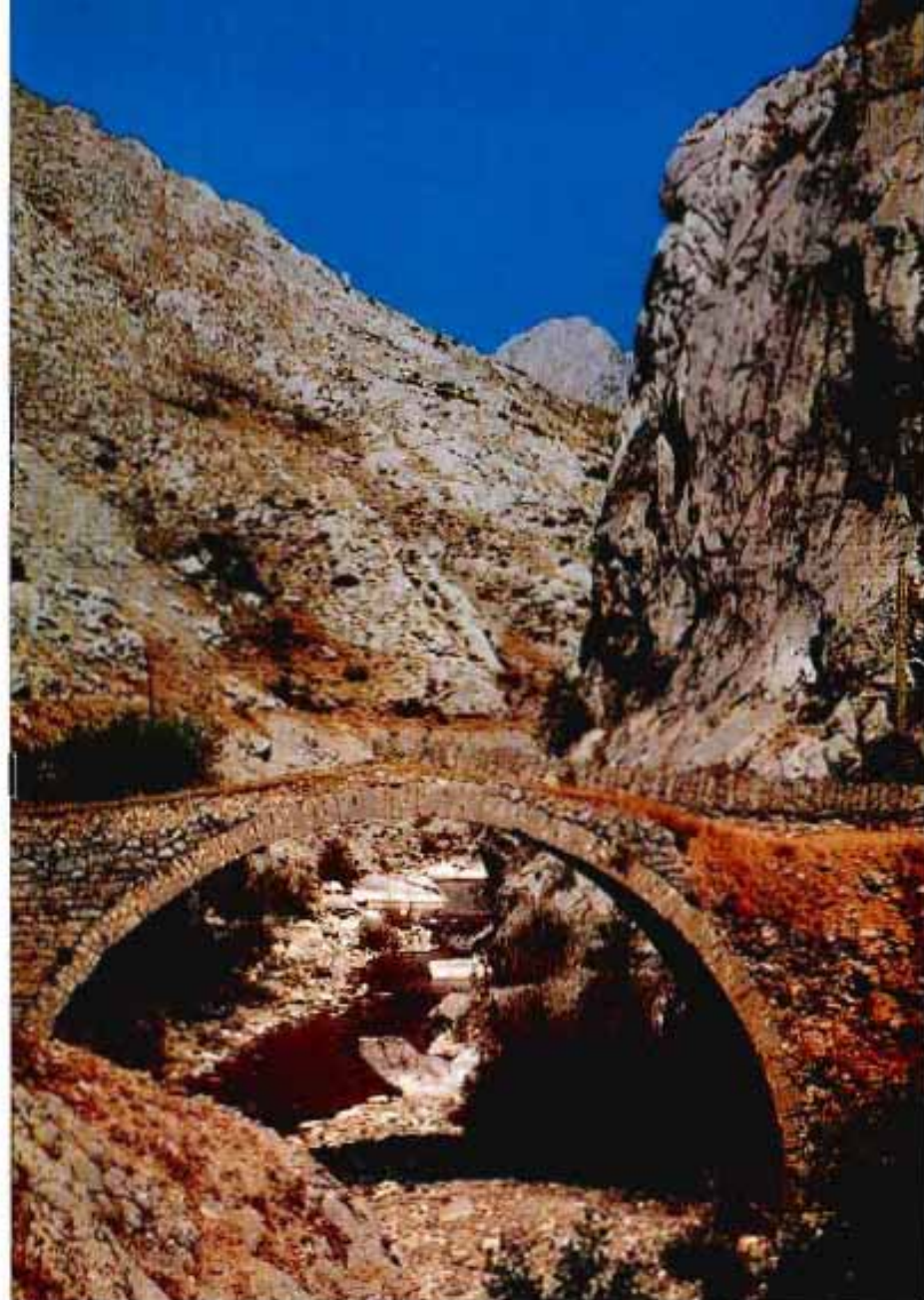
deseable, se hace imprescindible en el paisaje y puede llegar a formar escudo y presa de agua desatada.

El hombre interviene entonces de tantas maneras como aristas redondeadas pueda imaginar, con el deseo o la intención de detener el desarreglo o de evitar el desastre. Muchas veces, también acude a resolver la estrechez del camino entre pretilles del puente, llenándose al hombre de inquietud. Hemos llegado a un punto de reflexión, sea por culpa de desarreglos ya citados o por exigencias, quizá no meditadas, de posibles ensanches.

Primero, conviene escribir sobre los desarreglos. Hoy es posible encontrar, en la mayoría de los casos, procesos y formas de asegurar la estructura del puente, devolviéndole su ser original, sin ocultar la piedra ni alterar su geometría. Cuando no sea posible la reparación o refuerzo sin cambiar los principios citados, el técnico, agotada la imaginación, debería elegir la solución más fácilmente reversible; entendiendo como tal aquella que imagine que sea más posible que devuelva la piedra a su situación original, en un futuro de economía y de tecnología avanzadas, sin añadirle ni quitarle su espacio primero. Esto no ha sido siempre así: las intervenciones en los casos de reparación o refuerzo no sólo no han respetado el arco y la bóveda, sino que los han atacado, rompiendo su apariencia e impidiendo para siempre ser

reconstruidos, fielmente. Muchos son los ejemplos de puentes de piedra maltratados por fingirlos seguros, añadiendo estructuras visibles e insoportables; el peor caso, el más doloroso, es el que se presenta cuando se ha destruido la piedra de tal manera que ya no es posible recuperarla.

No se puede dejar que la obra, anunciando el camino de su destrucción, se abandone a su suerte, cuando el futuro rompa su mano tendida entre las dos orillas. Es preciso detener el proceso que lleva a la rotura y al desplome confuso de la piedra, lo que nos devuelve a párrafos anteriores. Ahora ha aparecido, entre otros, un parámetro, viejo como la historia, unas veces excusa y muchas otras humana realidad. Se trata de que el estudio, el ensayo, la reparación, todo lo necesario para conseguir ese equilibrio, entre la intervención posible actual y la recuperación futura, rebase el presupuesto disponible. Se insiste: es preciso actuar. De momento, estamos en el encuentro de lo deseable y lo posible. A pesar del impacto de hoy, hagamos al menos lo posible, tal como ya se ha dicho, eligiendo la solución de futuro. Esta elección, que hoy perturba y no atrae (pero que, gracias a esta decisión, permitirá mañana volver al arco primitivo), hay que meditarla, compararla y decidirla. No se puede prohibir (o no se debe prohibir) detener el deterioro y la ruina, aunque la solución no sea la deseable,



Bello arco casi inútil

con tal de que se proponga lo posible para el día de la verdadera reconstrucción. Ello, sin duda, exige al ingeniero lo mejor de su ánimo y esperanza.

Un paso más y al hombre se le va haciendo más pequeño el inmenso mundo, a pesar de los siglos atrás en que fue medido, y descubre, no hace mucho y sigue sintiendo cada día, que el puente de piedra, camino siempre entre pretiles, se le hace estrecho. El ingeniero multiplica soluciones; se le ha presentado un desafío diferente. Tiene en sus manos el arco y la bóveda de piedra con elementos propios y otros que le acompañan, todos con nombres para distinguirlos.

Antes de seguir, nada más

fácil que adosarle otro puente, similar por culpa del agua, de igual o distinto material, con alguna o ninguna relación con el existente, con igual o distinta forma, más o menos resistente, etc. Ya se ha destruido la proporción, ¿o no?. Será difícil que se haya conservado intacto un paramento con el plano del pretil de piedra. Será también difícil, aunque se ha hecho alguna vez, que lo nuevo (arco, bóveda, pretil...) sea también de piedra, como dos gemelos. Será difícil que no se dañe el viejo cimiento. Por último, olvidando más interrogantes, puede haber variado el paisaje desde más de un lugar de observación.

El ingeniero contempla el

arco y la bóveda y resuelve respetarlos, comprueba que resisten, que los pequeños deterioros son fácilmente reparados o no existen, que el cemento también resiste los posibles aumentos de carga. El ingeniero considera otros muchos detalles, como la facilidad constructiva, el número difícil (pero necesario) del presupuesto, la rapidez de la solución y un largo y tedioso etcétera. Decide, en síntesis, quitar los pretiles, disponer un plano horizontal amplio, más o menos complejo, ya que puede ser hasta losa superior de cajón, y añadir unos nuevos pretiles con o sin aceras. Nada más salir el sol, los paramentos, vistos desde infinidad de puntos, empezarán a sentir una primera línea de sombra que se hace cada vez más gruesa; los voladizos, con sol o sin él, han cambiado, desgraciadamente, la serenidad, la claridad y la belleza de la antigua piedra, superficie labrada por el hombre. El puente ha perdido la limpia claridad de sus paramentos, fachadas de ríos, espectador y alma del paisaje.

Se va a comparar esta situación (o sea, la del ensanche) con la que ya se planteó en el caso de desarreglo y deterioro. Aquí, ahora, el tipo de ensanche descrito, en síntesis, de cualquiera de las dos maneras, no es lo más deseable. ¿Por qué no plantear una solución totalmente distinta? Hagamos otro camino y otro puente por el que cruzar y hasta poder ver la piedra luminosa anterior. Se está suponiendo una posibilidad económica. No nos equivoquemos, porque no es bastante ¿Quedan el puente y la piedra abandonados para siempre, como ha ocurrido muchas veces? Camino y puente anteriores deben poder seguir siendo la mano tendida, que se ha dicho antes, sin abandono, con su mismo pal-

saje protegido, vivo de alguna manera; si no es así, la solución no es deseable, porque el abandono es prólogo de la ruina. Es preferible, entonces, el ensanche con un adosado o con la plataforma superior, conservando el arco de piedra y la bóveda, con la esperanza sin límite de que algún día otro ingeniero o amante de la piedra sueñe y logre devolver a esa misma piedra su luz original, aunque ahora, por el momento de la historia posible y real, no haya lugar para el deseo.

Lo que en ningún caso parece admisible es la solución intolerable, antiestética, adoptada sin reflexión, incluso antieconómica y de forma que nunca más pueda volverse al paisaje primero. Frecuentemente no se medita bastante, ni se pone cariño en el quehacer de cada hora, siguiendo el camino equivocado. Las cosas no han sucedido siempre con el pensamiento en el futuro. Se ha dicho y repetido mil y una veces: los tiempos cambian, quiérase o no. La piedra tiene que soportar la herida del progreso y adaptarse a ese cambio, dejándose más útil, más de hoy, más nueva. Aguantó la piedra que la curasen o que le añadieran un camino más amplio sobre su arco, o a su lado donde fue paramento. Ya todo esto se ha dicho, se ha escrito y se repite. Si es necesario, hágase lo útil; pero, una vez más, de tal forma que un día vuelva la piedra a ser arco, bóveda y estrecho camino entre pretilos nobles en la plomada de cada frente, sin sombras, confundida otra vez en el horizonte.

Una vez más nos ha dolido la mutilación del paisaje y el deseo de no querer verlo tal como fue en un tiempo pasado. Ahora ya no tenemos que pensar en una situación definitiva llena de tristes visiones y



*Puente maltrotado.*

posibles arrepentimientos. Hay que enfrentarse con la realidad. Propongamos volver y dar solución a lo que no fue posible, porque quizá mañana se pueda trazar sobre la ladera un nuevo camino, y sobre el río otra mano del material y de la forma más nueva desde la que sentir la recuperación entera del puente de piedra, que ha vuelto, de la mano del hombre, a su origen brillante. Entonces la piedra nos volverá a contar su historia, larga como un viento silbando por sus bóvedas, y agradeceremos haber podido recuperar la parte más importante de nuestra pequeña historia quizá definitivamente acabada.

No podemos olvidar lo importante, lo vital que es recuperar la verdad escondida, la verdad más ocultada, y suprimir la piedra en sombras, el arco entre muletas, la desgraciada reparación, el refuerzo visible, el adorno feo e inútil, y cuantas más cosas indecibles. Queda la esperanza de recuperar otra vez lo original. Si en algún momento se olvidó el origen y se encubrió sin remedio el paisaje, habrá que esperar un tiempo o porvenir más

claro, sin perder el pulso, siguiendo el estrecho camino de los pretilos.

Todo lo anterior puede escribirse en un breve índice:

- Primero, fueron los puentes de piedra, grandes, enormes o pequeños, que asombraban al mundo, como manos tendidas de paz.
- Luego vino el deterioro, los fallos, incluso la ruina de la piedra.
- Vino también la reparación y, en casos, el ensanche que ocultaba la forma y el ser original del puente, haciéndolo útil y duradero.
- Los puentes abandonados, arcos desnudos o ruina, acabaron con frecuencia en obras perdidas para siempre.
- Gracias al puente reparado y ensanchado, es posible devolverlo a su origen.
- Queda la recuperación, tarea ingente pero necesaria. Este es el objeto de este escrito, que no es sino un prólogo más de una página nueva del ingeniero, soñador de pretilos y de arcos de piedra. ■